

Un Artista del Hambre. Franz Kafka

Un artista del hambre, el penúltimo relato de Kafka, no es tan sólo una evocación de la complejidad y la dificultad que entraña la creación artística (una la historia de la soledad, la perdición, el olvido y los esfuerzos vanos de aquellos que viven para el arte) sino que en el fondo representa una puesta en cuestión del sentido mismo de la vida y de la existencia de una verdad universal. Un cuento desgarrador que se enmarca en el último periodo del escritor, momento en el que la tuberculosis que sufría y que finalmente acabó con su vida, se había extendido hacia su garganta haciendo que le resultara casi imposible tragar.

En definitiva, el cuento de Kafka despierta la conciencia del espectador mediante el dolor (a la manera defendida por Adorno). Un dolor que es transmitido a los lectores no sólo a través del relato de las penurias vividas por el protagonista sino, sobre todo, a través de la puesta en duda de la existencia de un sentido final que pueda redimirle. La única esperanza acaba siendo, no el sentido que tiene la vida en sí, sino el sentido que su protagonista le ha otorgado.

1. In Between

El arte que desarrolla el protagonista de este relato, es el arte del ayuno, el arte del hambre. Un arte que no tiene presente, pasado o futuro concretos, sino que es un arte que se enfoca en el movimiento, puesto que el artista vive del pasado (de aquello que ingirió) por el futuro ("siempre tendrá una manifestación aún más magnífica en el instante inmediatamente posterior (pág 29)").

"¿En qué consiste la esencia de este arte? Consiste en mostrar el cuerpo mientras se va consumiendo; en exponer un cuerpo que vive strictu sensu de su propia carne. (...) Una interiorización voraz del cuerpo por el propio cuerpo. En este sentido, el ayunador y su arte son recuerdos de sí mismos." Pero al mismo tiempo "el momento por llegar hará que la obra sea aún más grande, será siempre más delgado, más pequeño, siempre inmediatamente después. El artista pierde su peso; en eso consiste su arte: perderse a sí mismo." (pág 28)



Por tanto Kafka, para evocar el sentido último del arte, elige un arte cuyo final no es un producto acabado y concreto en sí, sino una evolución constante y permanente del propio artista. Un arte de la potencialidad, un arte que no se contenta con un estado dado, sino que es una incesante revolución.

En la sociedad del espectáculo en la que nos encontramos, que daba sus primeros coletazos cuando Kafka escribe este relato, los productos artísticos son engullidos (en su mayoría) por el

mercado, que genera cada vez más y más piezas plásticas que deslumbran pero que no proporcionan riqueza de experiencia. Kafka sitúa de hecho a su artista en un circo, el paradigma del espectáculo, un circo en el que se le valora mientras su arte es rentable, pero que cuando deja de tener audiencia, es relegado.

“Lo cierto es que un buen día el tan estimado artista del hambre se vio abandonado por la multitud ansiosa de diversiones, que dio su preferencia a otro tipo de espectáculos (...) Se acopló no obstante a las nuevas circunstancias y aceptó sin enojos que su jaula no fuera ubicada en el centro de la pista, como número principal, sino que estuviera fuera, cerca de las cuerdas”. (pág 16)

Finalmente tras su muerte, es sustituido por una pantera, que vuelve a atraer (al menos en los primeros días en los que la alegría de vivir aún brota de sus fauces) al remolino de espectadores.

Pero para el ayunador del arte, al final lo importante es su propio arte en movimiento. Un arte inatrapable, inclasificable, que no se puede convertir en mercancía.

“La obra que muestra el artista del hambre es él mismo desapareciendo; una creación que consiste en el auto-vaciado desde dentro del propio creador. Se trata de una aproximación a la nada, al

vacío; es la poiesis como negatividad corporal. No hay obra sin creador, ni tampoco obra ajena a su creador” (pág 33)

La imposibilidad de la verdad universal

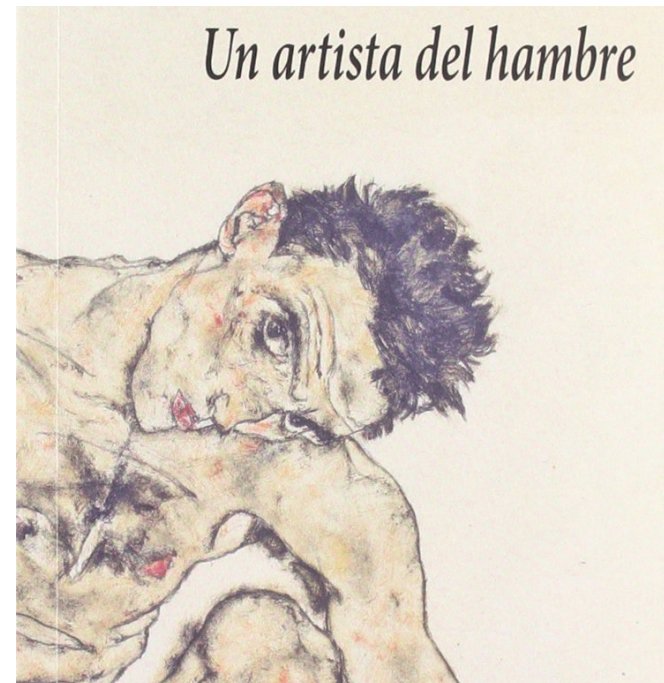
Las idas y venidas del mercado poco importan. Lo trascendente para él, es su propia verdad, el sentido que él ha otorgado a su vida, una verdad que lejos de ser universal, no puede compararse con nadie más que consigo mismo:

“En última instancia, el artista ayudador está perfectamente solo con su arte, y el único juicio realmente pertinente sobre este arte reside en el fuero íntimo de ese artista que es también su propia obra.” (pág 35)

“Nadie estaba en condición de poder vigilar, ininterrumpidamente, día y noche al ayunador; nadie por tanto, podía saber por propia experiencia si realmente había ayunado sin interrupción y absolutamente; sólo el propio ayunador podía saberlo, ya que él era al mismo tiempo en espectador de su hambre totalmente satisfecho. Aunque por otro motivo, tampoco lo estaba nunca.” (pág 10)

Para que el espectáculo fuera creíble, el circo paraba su ayuno a los 40 días, porque en el fondo nadie creía la verdad del ayunador, y todos pensaban que

Un artista del hambre



en algún momento, a escondidas, acababa ingiriendo algo de comida.

“Se le hacía cada día más insoportable esa espantosa deformación de la verdad. ¡Se mostraba ahí como causa lo que únicamente era la consecuencia del intempestivo fin del ayuno! Era imposible luchar contra aquel mundo de estupidez”. (pág 15)

Lo que está planteando Kafka es la negación de cualquier tipo de verdad universal. “El artista del hambre es un enemigo acérrimo del secreto y del misterio:

exige que desaparezca todo obstáculo para que la exposición de su cuerpo menguante pueda ser vista y ponderada en todo momento. (...) Y, sin embargo, sólo el artista puede realmente ponderar su arte.” (pág 35)

El cuerpo como campo de batalla

Por otro lado resulta llamativo que con este relato Kafka se centre en el que será uno de los principales campos de batalla de la contemporaneidad, el propio cuerpo. Foucault reflexionará casi un siglo después sobre la necesidad de que el ser humano emancipe su cuerpo de las inscripciones y comportamientos impuestos desde el poder y desde el sistema social, y consiga autogestionarse. En Kafka ya encontramos al ayunador, como persona anómala, que ha conseguido liberarse de la necesidad común de comer y ha gobernado su propio cuerpo. Una de las grandezas precisamente del personaje, es que aunque la sociedad le dicte que a los 40 días ha de terminar su ayuno, él decide seguir con él, porque para el ayunador lo importante es la grandeza de su propia obra y en este sentido, el lector admira su capacidad de liberarse de toda atadura.

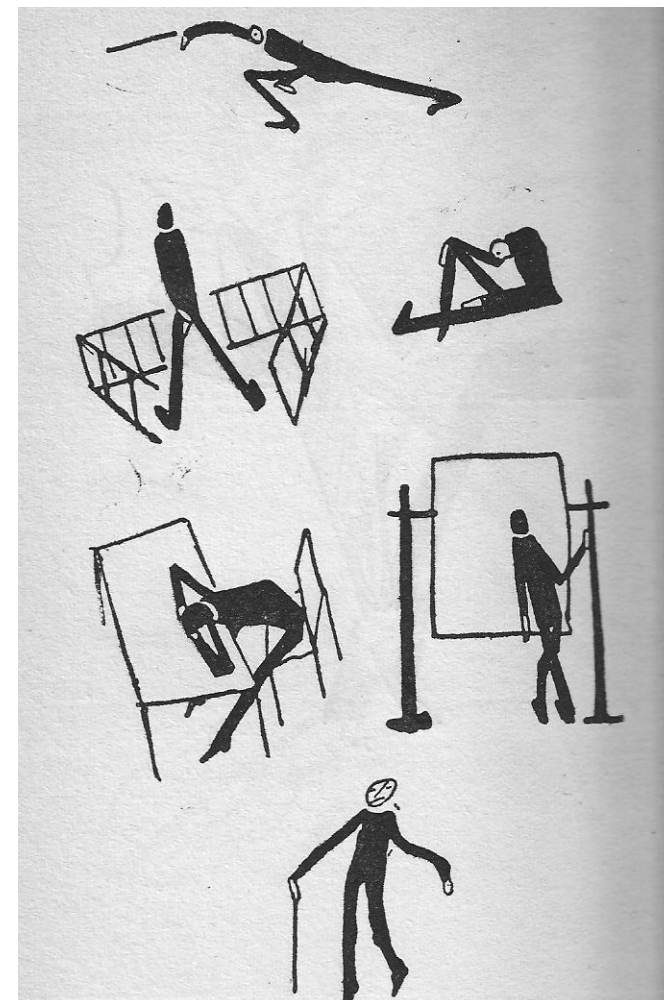
Sin embargo, Kafka huirá de toda posibilidad moralizante y de sentido, con un trágico desenlace, en el que la

grandeza del protagonista no es don dulce, sino una incapacidad amarga:

“-Bien, de acuerdo, no la admiraremos -dijo el inspector; pero, ¿por qué no hemos de hacerlo?
-Porque me es imprescindible ayunar, no puedo evitarlo-dijo el ayunador
Eso es evidente -dijo el inspector-, pero ¿por qué no puede evitarlo?
-Porque -dijo el artista del hambre alzando un tanto la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no dejaran de oírse sus palabras, con los labios alargados como si fuera a dar un beso-, porque nunca encontré un alimento que me gustara. De lo contrario, créenme, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y los demás.” (págs 21-22)

El vacío

En última instancia, Kafka habla del vacío. Un vacío físico (el del cuerpo del ayunador) un vacío existencial (la imposibilidad de que la vida tenga un sentido) y un vacío moral (la invalidez de valorar su arte como un arte de grandeza porque a fin de cuentas proviene de una incapacidad).



Fuentes:

Un artista del hambre o el peso del arte
Franz Kafka

Ediciones Casimiro libros, Madrid 2011
ISBN 978-84-939678-3-3

En lo mejor del ayuno Christian Bank Pedersen (Incluido en el libro)

A propósito de Kafka Walter Benjamin (incluido en el libro)